



que para arreglar las bases de un acomodo, ó al ménos el lugar donde se celebrara la entrevista con el rey: Felipe les escuchó con el mayor agrado, pero no cedió en lo más mínimo de sus pretensiones; y el favorito no quería, por otra parte, exponer al archiduque su señor á la influencia de la superior destreza y sagacidad de D. Fernando en una entrevista personal.

Mártir hace una descripción muy favorable de Felipe por esta época: era, dice, de agradable presencia, de generosa disposición, de francas y abiertas maneras, y de ánimo ciertamente noble, aunque excitado siempre por la ambición más excesiva; pero era tan incapaz para los negocios, que siempre fué juguete de los hombres artificiosos, los cuales se servían de él para sus propios fines.

Por último, don Fernando, viendo que Felipe, que había partido ya de la Coruña, se adelantaba hácia el interior por un camino apartado, con el fin de evitar su encuentro, y que se le negaba terminantemente toda entrevista con su hija, no pudo ya contener por más tiempo su indignación, y dispuso una carta circular, que había de enviar á los diferentes puntos del reino, llamando á todos para que se levantáran y le ayudáran á rescatar á la reina, su soberana, del vergonzoso cautiverio en que se la tenía. No consta que remitiese aquella carta: conoció sin duda que su llamamiento no encontraría respuesta, porque su enlace con la francesa le había hecho perder aquel grado de consideración con que los pueblos le habían hasta entonces mirado. Así, aquél mismo medio que escogitara para perpetuar su autoridad en Castilla, fué causa principal de que llegara á perderla enteramente.

Era, sin embargo, su destino, sufrir pruebas todavía más humillantes. Por órdenes del marqués de Astorga y del conde de Benavente, le fué negada la entrada en las ciudades de este nombre; y al mismo tiempo, aquéllos arrogantes señores hicieron publicar un bando prohibiendo á todos sus partidarios aragoneses. «Triste espectáculo, á la verdad, exclama el leal Mártir, el de un monarca, casi omnipotente ayer, y hoy errante y vagabundo en su propio reino, y privado hasta de ver á su propia hija!»

De toda la lisonjera turba cortesana que, halagándole, le rodeaba en su prosperidad, los únicos señores distinguidos de Castilla que le permanecieron fieles, fueron el duque de Alba y el conde de Cifuentes: todos los demás, incluso su mismo yerno el condestable de Castilla, le habían abandonado. Había, sin embargo, algunos, lejanos del teatro de aquéllos sucesos, como el buen Talavera, por ejemplo, y el conde de Tendilla, que veían con gran pesar el cambio de aquélla mano enérgica y experimentada, que por más de treinta años había regido las riendas del gobierno, por la débil y caprichosa dominación de Felipe y sus favoritos.

Por fin, se puso término á esta escena escandalosa, y Manuel, ya fuese por tener mayor confianza en sus recursos, ya por temor de granjearse y atraer sobre sí todo el odio público, consintió en aventurar á su real pupilo al peligro de una entrevista. El sitio designado para ésta, que debía celebrarse el 23 de Junio, fué una llanura cerca de la Puebla de Sanabria, en los confines de Leon y Galicia; pero todavía se tomaron tales precauciones, que eran ciertamente ridículas, atendiendo al abatido estado de D. Fernando. Púsose en movimiento todo el aparato marcial del archiduque, como si fuera á conquistar en un combate su corona: primero venían los escelentes piqueros alemanes, todos en orden de pelea; luego los brillantes escuadrones de la noble caballería castellana, con sus dependientes armados; despues el archiduque, montado en su caballo de batalla, y rodeado de su guardia personal, y por último, cerraban la retaguardia numerosas filas de arqueros y los ginetes del país.

Don Fernando, por el contrario, se presentó en el campo seguido tan sólo de unos doscientos nobles y caballeros, aragoneses la mayor parte é italianos, montados todos en mulas, y vestidos sencillamente con los tabardos y birretes de la tierra, sin otras armas que la espada que generalmente se llevaba. Confiaba el rey, dice Zurita, en la majestad de su presencia, y en la reputación que su larga y prudente administración le conquistara.

Los nobles castellanos, viéndose delante de



D. Fernando, no pudieron ménos de rendirle homenaje, el cual recibió aquél con su acostumbrada afabilidad y gracia, dirigiéndoles al mismo tiempo expresiones cuyo buen humor iba á las veces sazonado con ironías más punzantes. Al duque de Nájera, que tenía fama de jactancioso, y que se adelantó con una brillante comitiva, armada de todas armas, le dijo: *Bien, duque, veo que nunca echas en olvido los deberes de un gran capitán.* Entre otros se hallaba también Garcilaso de la Vega, antiguo ministro de D. Fernando en Roma; y como llevase, igualmente que otros muchos señores castellanos, la armadura debajo del vestido, para mejor precaverse de cualquiera sorpresa, y el rey al abrazarle, sintiera la cota de malla que ocultaba, tocándole familiarmente en el hombro, le dijo: *Te doy el parabien, Garcilaso; porque has engordado maravillosamente desde que no nos vemos.* La deserción, sin embargo, de este último, que tantos favores le debía, le fué ocasión de mayor pena que el abandono de todos los restantes.

Cuando Felipe se acercó, se observó que era su aspecto tímido y embarazado, al paso que su suegro conservaba la misma alegre serenidad que de ordinario. Despues de saludarse mutuamente, ambos príncipes se apearon, y entraron en una pequeña ermita que allí cerca estaba, seguidos solamente de Juan Manuel y el arzobispo Cisneros; y apenas hubieron entrado, cuando este último, dirigiéndose al favorito con un aire de autoridad, que no era fácil resistir, le dijo: *No es conveniente que escuchemos la conversacion particular de nuestros señores,* y cogiéndole por un brazo, le sacó fuera del aposento, cuya puerta cerró con la mayor serenidad, diciendo al propio tiempo: *Yo seré el portero.* La conferencia no produjo resultado alguno: Felipe estaba aleccionado y se sostuvo, como dice Mártir, inmóvil como la roca en el mar. Tan escasa era la confianza que recíprocamente se dispensaban ambos príncipes, que ni áun se mencionó, siquiera, durante aquella entrevista, el nombre de doña Juana, á quien su padre tenía tantos deseos de ver.

Por mas enojoso, sin embargo, que fuera para don Fernando el ceder, su situación no

le permitía imponer condiciones; y como además de conocer que había perdido toda su influencia en Castilla, recibió de Nápoles noticias tan alarmantes que le hicieron decidirse á pasar inmediatamente á aquel reino, se resolvió á doblar la cerviz ante la presente tormenta con la esperanza de que todavía habría para él días más felices. Contemplaba la rivalidad que por momentos crecía entre los cortesanos flamencos y los castellanos: preveía probablemente que semejante desconcierto le abriría el camino, con beneplácito, quizás, de la nación entera para volver á tomar las riendas del gobierno, que tan inconsideradamente le arrebataron; y en todo caso, si era necesaria la fuerza, estaría más en disposición de emplearla con eficaz resultado, con la ayuda de su aliado, el rey francés, luego que hubiera puesto en orden lo de Nápoles.

Cualesquiera que fuesen las consideraciones que pesasen en el ánimo de aquel prudente monarca, es lo cierto que autorizó al arzobispo de Toledo, que se hallaba cerca de la persona del archiduque, para que consintiera en un arreglo fundado en las bases que éste propusiera; y en su virtud, á 27 de junio firmó y juró solemnemente don Fernando un ajuste, por el cual entregaba toda la soberanía de Castilla á Felipe y doña Juana, reservando únicamente para sí los maestrazgos de las órdenes militares, y las rentas que doña Isabel le había señalado en su testamento.

Al día siguiente otorgó otro instrumento de la más extraña especie, en el cual, despues de confesar en términos esplicitos la incapacidad de su hija, se obliga á prestar ayuda á Felipe para impedir cualquiera intervencion que en favor de aquélla se intentase, y á mantener á éste con todas sus fuerzas en el ejercicio exclusivo de su autoridad.

Antes de firmar estos documentos, hizo don Fernando una protesta reservada en presencia de varios testigos, manifestando que otorgaba aquellos actos, no por su libre voluntad, sino violentado por la necesidad, con el fin de salir de su peligrosa situación, y con el de evitar al país los males que las guerras civiles traen consigo; y concluía asegurando, que muy lé-



jos de abandonar sus pretensiones á la regencia, era su designio el volver á reclamarla, así como también el rescatar á su hija del cautiverio en que la tenían, tan pronto como se hallara en estado de poderlo hacer. Dió, por último, complemento á esta serie de inconsecuencias, dirigiendo una carta circular con fecha 1.º de Junio á los diferentes puntos del reino, haciendo saber su renuncia del gobierno en favor de Felipe y doña Juana, y declarando que, á pesar de sus derechos y facultades para lo contrario, tenía ya muy de antemano resuelto el hacerlo así tan pronto como sus hijos hubieran llegado á España.

No es fácil explicar este monstruoso tejido de contradicciones y disimulo por motivo alguno de necesidad ó conveniencia. ¿Por qué causa, despues de haberse mostrado dispuesto á levantar el reino en favor de su hija, confesó así públicamente su imbecilidad, y depositó todo el poder en manos de Felipe? ¿Fué para atraer sobre éste el odio general animándole á un acto que sabia muy bien habia de disgustar á los castellanos? Don Fernando, sin embargo, por este mismo hecho compartia con él la responsabilidad. ¿Fué movido por la esperanza de que este poder ilimitado é indiviso, en manos de una persona tan precipitada é imprevisora, sirviera tan sólo para su más pronta ruina? En cuanto á su protesta reservada, su designio era manifestamente preparar un pretexto plausible para reclamar más adelante sus derechos á la regencia, fundándose en que sus concesiones habian sido arrancadas por la fuerza; pero áun así, ¿para qué neutralizar los efectos de esta reserva, por la declaracion hecha espontáneamente en su manifiesto al pueblo, de que su abdicacion, nos ólo era un acto libre, sino también muy deliberado de antemano? Movióle, indudablemente, á ésta manifestacion el deseo de cubrir algun tanto la humillacion de su derrota; pero era muy ténue el velo para que pudiera engañar á nadie. El conjunto de todos estos actos es de un carácter tan ambiguo, que

manifiesta la intervencion irremediable de sus hábitos de disimulo, que estaban en él demasiado arraigados para que pudiese resistirlos, áun cuando ninguna necesidad tenía de ponerlos en ejercicio: muchas veces hallamos en los negocios ménos importantes de la vida privada, ejemplos de esta misma pasion por inútiles intrigas.

Despues de estos sucesos, se celebró una nueva entrevista á 5 de Julio, entre el rey don Fernando y Felipe, en la cual consiguió el primero de su yerno, que se tributasen en público las consideraciones y respetos que el decoro exigia, y se dieran muestras exteriores de una reconciliacion cordial, que ya que no bastaran para alucinar al pueblo, encubrieran al ménos con un velo decoroso la separacion que iba á efectuarse; pero áun en esta ocasion fué tal la desconfianza y temor que de él se tuvo, que no se permitió á aquel desgraciado padre ver y abrazar á su hija antes de su partida.

En medio de tan duras pruebas, dice su biógrafo, el rey conservó aquella tranquila serenidad que tan bien decia con la dignidad de su categoría y de su carácter personal, y que tanto contrastaba con la conducta de sus enemigos. Por mucho que sintiera el abandono de un pueblo que habia gozado de las dulzuras de la paz y del bienestar bajo su gobierno durante más de treinta años, no manifestó señal alguna exterior de descontento; por el contrario, se despidió de los nobles reunidos con expresiones de la mayor atencion, recordando afectuosamente los servicios que en otro tiempo le prestáran, y procurand dejar en ellos una impresion agradable, que borrara la memoria de las últimas diferencias. El circunspecto monarca preveia, indudablemente, que llegaría el dia de su vuelta: este suceso no parecia, en efecto improbable, y habia otras varias personas pensadoras, á más de don Fernando, que en el oscuro horizonte que las cosas presentaban, veian abundantes y seguras señales de una pronta revolucion.

CAPITULO XLV.

Cuarto viaje de Colon.—Su regreso.—Recibe la noticia de la muerte de doña Isabel.—Enfermedad del Almirante.—Su presentacion en la córte.—Injusto tratamiento que recibe de don Fernando.—Decaen su salud y su ánimo.—Su muerte.—Su persona y cualidades.—Su entusiasmo.—Nobleza de su carácter.

Mientras que se sucedian los acontecimientos referidos en el principio del anterior capítulo, Cristóbal Colon regresaba de su cuarto y último viaje, el cual habia sido una serie no interrumpida de desengaños y desastres. Despues de haber salido de la Española, y de haber sido arrojado por las tormentas á las inmediaciones de la isla de Cuba, atravesó el golfo de Honduras, y costeó las márgenes de aquellas doradas regiones que por tanto tiempo habian halagado su imaginacion; pero aunque los naturales le invitaron á que penetrase en los senos interiores de aquel mundo occidental, fueron vanas sus instancias, y siguió su rumbo hácia el Sur, ocupado entónces solamente en el grande objeto de descubrir un paso para el Océano de las Indias. Por último, despues de haber adelantado con gran dificultad algun tanto mas allá del cabo de Nombre de Dios, se vió Colon obligado, por el furor de los elementos y los murmullos de su gente, á retroceder, abandonando su empresa: vió despues frustrado su intento de establecer una colonia en Tierra Firme, por la ferocidad de los naturales: persiguióle la desgracia en la isla de Jamáica, en donde le tuvo detenido por más de un año, la malicia de Ovando, el nuevo gobernador de Santo Domingo, y finalmente, habiendo vuelto á embarcar con su quebrantada tripulacion en un buque fletado á sus expensas, despues de sufrir en la travesía terribles y continuas tempestades, logró dar fondo á 7 de Noviembre

de 1504 en el pequeño puerto de Sanlúcar, á unas dos leguas de Sevilla.

En este tranquilo puerto esperaba Colon encontrar el reposo que tanto necesitaban su quebrantada salud y su espíritu decaido, y obtener también de doña Isabel una restitucion pronta y cumplida de todos sus honores y rentas; pero allí era donde habia de experimentar el desengaño más cruel. Cuando llegó, se hallaba la reina en su lecho de muerte, y á los muy pocos dias el Almirante recibió la desconsoladora nueva de que la amiga en cuya enérgica y eficaz proteccion tan confiadamente descansaba, ya no existia. «Terrible fué este golpe para sus esperanzas, porque siempre habia encontrado en ella favor y amparo, dice su hijo Fernando, al paso que el rey, no sólo se habia manifestado indiferente, sino abiertamente contrario á sus intereses.» Muy bien puede creerse que un hombre del carácter frio y prudente del monarca español, no podria comprender con facilidad el fogoso y exaltado genio de Colon, ni disimularle sus extravagantes exageraciones, y si bien es cierto que no hemos encontrado hasta ahora cosa alguna que justifique el duro lenguaje de su hijo, hemos visto, sin embargo, que el rey desconfió desde su principio de los proyectos del almirante, como algun tanto vanos y quiméricos.

La aficcion de Colon al saber la muerte de doña Isabel se halla pintada con los más vivos colores en una carta que escribió poco des-